

una mayor precisión. Así por ej. hay un sólo lema \*Ἥλις | πόλις para tres cosas distintas con el mismo nombre: la ciudad, la región, y la personificación de sta (una estatua, cf. VI 16, 3). Bajo el lema Ἀράνιος | ποταμός hay tres ríos distintos no precisados: un afluente del Erimanto VIII 24,3, un afluente del Ladón VIII 21,1-2 y otro nombre del río Olbio VIII 14,3. Tampoco están señalados como lugares los que se llaman con el nombre común correspondiente seguidos de un genitivo determinativo que es un nombre propio, así παλαίστρα... Κερκύνιος en I 39, 3 o Ἀθηνας τείχους en VII 22,10. Ambos aparecen bajo el lema de Κερκύνων y de Ἀθηναί respectivamente.

Este trabajo procura así suplir la laguna de un instrumento de este tipo que J. Pouilloux señalaba en la introducción a su edición del primer libro de la *Periegesis* (Pausanias. *Description de la Grèce*. Tome I. *Introduction générale*, París, *Les Belles Lettres*, 1992, p. XXI, n.12), si bien es verdad que l lo reclamaba para el análisis de la lengua y del estilo de Pausanias, para lo que sería más útil todavía un Lxico o una Concordancia.

MARÍA CRUZ HERRERO INGELMO

John Marincola, *Authority and Tradition in Ancient Historiography*, Cambridge U.P., 1997, págs. XVI+361

El objeto de este libro es explicar por qué los antiguos historiadores griegos y romanos invocaban la autoridad para narrar los hechos que abarcaban sus obras. El término "autoridad" en este caso hace referencia a la autoridad literaria, término retórico con que el historiador antiguo reivindica su competencia para relatar y explicar el pasado, y al mismo tiempo se retrata ante sus lectores como narrador convincente y fidedigno.

En la introducción se aborda la cuestión de la autoridad y la tradición, recordando que ambas están íntimamente unidas, no pudiendo darse aquélla fuera de ésta. Por otro lado, no debe olvidarse que los historiadores nunca constituyeron un grupo definido en la antigüedad, no ocuparon una posición fija: no eran profesores de historia. Desde Jenofonte a Polibio, a Livio, a Tácito e incluso después, el historiador fue más un hombre de letras que un historiador. Los primeros historiadores romanos fueron políticos y soldados, y es presumible que sus historias hicieran hincapié precisamente en los acontecimientos políticos y militares. Primero Salustio y luego Livio (como antes Jenofonte y Teopompo) llamaron la atención sobre el componente moral de la historia.

A continuación Marincola estudia las formas convencionales de persuasión empleadas por los historiadores desde el s. V a.C. hasta el IV d.C., desde Heródoto hasta Amiano Marcelino, siguiendo el orden de los cinco capítulos de que consta el libro: I. "The Call to History" (págs. 34-62), II. "The Historian's Inquiry" (págs. 63-127), III. "The Historian's Character" (págs. 128-174), IV. "The Historian's Deeds" (págs. 175-216), V. "The 'Lonely' Historian: Contrast and Continuity" (págs. 217-256). Al mismo tiempo va comparando los procedimientos empleados por los autores de historias contemporáneas y los de historias no contemporáneas, y señalando las diferencias y semejanzas entre los historiadores griegos y romanos.

1. El motivo más común para escribir una historia, según los propios historiadores, es el tema mismo. La *amplificatio* de los eventos dependerá del tipo de historia que se escriba. Los autores de historia contemporánea, siguiendo a Tucídides, subrayan la importancia de los hechos acontecidos en el período elegido; en las monografías históricas (vgr. *Catilina* y *Iugurtha*) se ensalza la singularidad del tema; los que escriben “historia universal” aseguran que su obra supera a la de sus predecesores por la cantidad de sucesos relevantes que contiene.

Aunque los historiadores incluyan detalles sobre su vida, dejan claro que realizan su obra pensando en el bien público. En ciertos casos, cuando aparece el motivo poético de los sueños, éstos se presentan como un incentivo para escribir historia. Idéntica función desempeñan las dedicatorias a los amigos. Este recurso se da en otros géneros literarios: el autor escribe para satisfacer a un amigo que le pide información sobre un tópico o un tema. Las primeras dedicatorias de obras históricas que conocemos son helenísticas y van dirigidas a los reyes; diferentes son las que se hacen a los paisanos en las historias locales griegas. Los mayores historiadores de Roma (Salustio, Livio, Tácito y Amiano) no dedican su obra a nadie. Las dedicatorias son comunes en memorias y autobiografías. En general, los historiadores griegos y romanos no justifican su decisión de escribir historia como resultado de una exigencia individual.

2. El historiador trabaja no por inspiración, sino como resultado de un esfuerzo y una indagación. En la historiografía antigua la declaración de autopsia e indagación para dar autoridad a los hechos narrados se encuentra desde Heródoto a Amiano.

Una diferencia fundamental entre componer historia contemporánea y no contemporánea no está tanto en la actitud de los autores ante la indagación como en la manera de presentarla. Por lo común, el autor de historia no contemporánea pone de relieve su labor de investigación al principio, en el prefacio, y rara vez después hace referencia a ella.

En Roma, la historiografía fue terreno de la clase senatorial en los dos primeros siglos de su existencia, y se cultivaba en el retiro de la vida política, como actividad apropiada para quienes escribían su relato a partir de su experiencia personal y su participación en los hechos. Parece que fue Catón el primero en considerar la historia una ocupación aceptable para los *clari* y *magni viri*, y así expone abiertamente la idea de que es prerrogativa de los políticos escribir historia.

No hay razón para pensar que los historiadores romanos valoraron la indagación basada en la participación en menor medida que los griegos. La mayoría de los historiadores antiguos creyeron en el decisivo valor de la autopsia y la indagación de testimonios para escribir historia contemporánea.

El verdadero inicio de la historia no contemporánea fue el mito. Sin duda, resultaba difícil a los historiadores evitar en su totalidad los relatos míticos, por tener que moverse entre mitos debido a la expectación de la audiencia o a lo habituales que eran las historias no contemporáneas. El caso mejor conocido tal vez sea la historia de Livio, en cuyo prefacio distingue entre los sucesos antes de la fundación de Roma y los posteriores. A los primeros los considera “mitos poéticos” (*poeticae fabulae*) más que “testimonios fidedignos de los hechos históricos” (*incorrupta rerum gestarum monumenta*), de modo que ni afirma ni niega la tradición: deja que los lectores decidan.

3. La indagación personal no parece haber sido suficiente para determinar la autoridad del historiador. Era preciso demostrar también que la personalidad del historiador era la apropiada para llevar a cabo su obra. La retórica romana concede al carácter más relevancia que la griega. La mayoría de los historiadores definen los rasgos de su personalidad y no dejan que sus lectores los deduzcan por sí mismos. Lo usual es que el autor los defina en el prefacio, pero a veces lo hace a lo largo del relato en forma de digresiones, pequeños recuerdos u observaciones parentéticas, aludiendo a algún detalle de su carrera política o a su *status* social.

Y como la historia da cabida a hechos bélicos y políticos, debe esperarse que el historiador pondere su experiencia en el gobierno y dirección de ejércitos. Tucídides marcó un hito al exigirle al historiador experiencia como garantía de autoridad. En efecto, hay historiadores que escriben tras haber participado en hechos que recuerdan, y que reconcilian el doble papel de *actores* y *auctores rerum*, pues muchos tuvieron la oportunidad de participar y de recordar.

Las declaraciones relativas al esfuerzo literario suelen ser habituales, en especial entre escritores de obras de amplio alcance, como las historias universales. El énfasis en la *labor* de composición como indicio de buen historiador se encuentra también en la historiografía latina. Para Salustio la dificultad de escribir historia se da en términos de estilo e imparcialidad. Este *topos* remonta a Tucídides e Isócrates, y a menudo se invoca en la retórica epidíctica.

4. De todas las promesas hechas por los historiadores antiguos, la de imparcialidad es sin duda la más frecuente. El prejuicio, incluso más que el error o la escasa investigación, es considerado el gran enemigo de la verdad histórica, por ello los historiadores ponen todo su empeño en convencer al lector de que no escriben al dictado del miedo o del favoritismo.

Naturalmente los historiadores no disfrutaban siempre de libertad de expresión. No sólo puede ser menor en ciertas épocas la *libertas* del historiador, sino que bajo regímenes autocráticos incluso la práctica de la autopsia y de la libre investigación se ve mermada de formas diversas. Así, en el Imperio romano las trabas para indagar son inevitables y de ello se queja Dion; el establecimiento del principado en el 27 a.C. impuso un gran secretismo en el gobierno.

Los autores de historia contemporánea dedican mayor espacio al tema de la imparcialidad que los de historia no contemporánea. Incluso puede suceder que cuando se escribe sobre monarquías del pasado sea preciso hacer profesión de imparcialidad (vgr. Tácito). En efecto, en época imperial los historiadores se ven en la necesidad de proclamar su imparcialidad también en obras de historia no contemporánea.

Sin embargo, hubo historiadores que no se preocuparon de la imparcialidad. El mejor ejemplo lo representa Livio, quien en su prefacio admite abiertamente su *amor* hacia el tema y asegura que los romanos son el pueblo más grande y piadoso de todos los que han existido.

5. El historiador es consciente de que cultiva un género que cuenta con una tradición, y que tanto él como su obra deben "competir" con los contemporáneos y predecesores. En su intento de encontrar un lugar en la tradición, con frecuencia se presen-

ta a sí mismo en cierto modo como único. Es más, intenta sustraer alguna autoridad a sus predecesores polemizando con ellos. Ahora bien, si la polémica es excesiva, se corre el riesgo de parecer malicioso, mientras que si es moderada constituye un arma efectiva para la enseñanza y la demostración.

Resta añadir algo más sobre la historiografía griega y latina. En la presentación de la obra o sus actitudes ante el mito, griegos y latinos se mueven en la misma tradición. Pero, mientras que los historiadores romanos son más reacios a dar detalles sobre sí mismos y a discutir sobre problemas metodológicos en el curso de sus obras, los griegos lo hacen de manera ocasional en el hilo de la narración y a menudo sin llamar la atención sobre ello. Romanos y griegos mantienen el hilo narrativo con pocas interrupciones, si bien los romanos, cuando comentan, lo hacen de manera sesgada e indirecta.

Los historiadores griegos dan cuenta de su experiencia, en cambio los romanos tienden a demostrarla más específicamente en términos de oficios o de servicios prestados al Estado. Con el tiempo, los griegos del Imperio harán mención no de su experiencia personal, sino de los cargos públicos desempeñados.

Griegos y romanos gustan de la polémica, pero sus formas y métodos difieren totalmente: los primeros prefieren polémicas extensas, los segundos confinan la polémica a puntos concretos del relato, y a veces sólo hacen una mención rápida y de soslayo.

En mayor medida que los griegos, los romanos parecen estar interesados en definirse como continuadores de una tradición, y pretenden que su obra sea al mismo tiempo un homenaje y un desafío a sus predecesores, una combinación de tradición y autoridad, presentándola como la culminación de una tradición.

El libro se completa con una amplia conclusión (págs. 258-266), siete apéndices (págs. 267-292), una nutrida bibliografía (págs. 293-315), un *index locorum* (págs. 316-334), un índice de palabras griegas (págs. 335) y un índice general (págs. 336-361).

Estamos ante un estudio ambicioso, muy documentado, exhaustivo, rico en pormenores, con valiosísima información sobre la historiografía antigua. Imprescindible para el filólogo clásico y el historiador de la antigüedad.

BEATRIZ ANTÓN

D. Muratore, *Studi sulla tradizione manoscritta della Costituzione degli Spartani di Senofonte*, Genova (Pubblicazioni del Dipartimento di Archeologia, Filologia Classica e loro Tradizioni, nuova serie 168), 1997, 206 pp.

La obra que ahora reseñamos viene a engrosar la larga lista de las publicaciones sobre Jenofonte, entre las que destacan dos de reciente aparición: los estudios misceláneos editados por M. Gigante y G. Maddoli, *L'Athenaion politeia dello Pseudo-Senofonte*, Napoli 1997 y la actualización científica y bibliográfica sobre el mismo historiador realizada recientemente por J. Vela Tejada (Zaragoza 1998).